

ta—de que esos mismos defectos de la obra del pensador fueron consecuencia de sus admirables aptitudes de intérprete, de su elegante claridad de maestro.

El otro altar de este templo disperso de nuestra cultura juvenil—mucho menos decorativo y solemne, pero más fecundo, porque también más íntimo—lo hallábamos en torno a Enrique González Martínez. La inteligencia de Antonio Caso resplandecía mejor, sin duda, a la luz escolar de la cátedra, pero el talento y la sensibilidad de González Martínez se entregaban todos en la conversación. Rica, entonada conversación de hombre del trópico, más sorprendente aún, para el recién llegado, en un poeta que, como González Martínez, había acostumbrado de lejos a sus lectores a una poesía reflexiva, abstracta, de mayor profundidad que amplitud y de más solidez arquitectónica que animación sensual y colorida. Dentro del cuadro actual de nuestra poesía, González Martínez representa, al mismo tiempo, el simbolismo de Régnier y de Verhaeren y el romanticismo filosófico de Vigny. Su ejemplo de honradez artística y humana nos ayudó a superar, cuando menos en el ideal, a los poetas menores que fueron sus contemporáneos y que, sin el genio de Darío, quisieron fabricarse una bohemia, repitiendo, en desvaídas versiones, los temas de la célebre *Sonatina* o de la *Marcha Triunfal*.

Años más tarde, cuando en torno a ese grupo de